La paradoja del pesimismo

DANIEL PACHECO



MIENTRAS LOS COLOMBIANOS EN SU vida privada sienten que viven cada vez mejor, tienen una percepción de lo que sucede en el país cada vez peor. Lo paradójico es que si las cosas en Colombia fueran tan mal, lo mismo debería suceder en la vida de cada uno de los colombianos. Pero no, la percepción es la contraria. Algo no cuadra.

Una encuesta reciente del Centro Nacional de Consultoría, con la que se lanzó el nuevo Instituto de Liderazgo Público de la Universidad Nacional, vuelve a darle cifras a este extraño desfase entre las percepciones sobre lo privado y lo público en el país. Frente a la pregunta "¿Cree que el país está mejor que hace cinco años?", apenas el 29 % respondió que sí. Un pesimismo mayoritario. Luego, frente a la pregunta "¿Cree usted que tuvo más oportunidades que sus padres?", un 87 % contestó que sí. Un optimismo personal enorme. Ahí está la paradoja, y no es una pequeña.

Una forma de explicar esta distancia es argumentando que alguna de las dos percepciones está distorsionada. Por un lado, están quienes dicen que existe una tendencia psicológica a decorar el pasado propio. Más allá de que uno no haya tenido más oportunidades que sus padres, que en realidad la vida no haya mejorado sustancialmente frente a la pasada generación, va el argumento, fuerzas psicológicas maquillan ese pasado. Esta interpretación llevaría a decir que los colombianos somos un pueblo engañado y autocomplaciente.

Otra forma de reconciliar esta paradoja argumenta que la percepción sobre los avances del país en Colombia está distorsionada, subestimada. Que la vida de la gente sí ha mejorado y que esta realidad objetiva escapa de la percepción subjetiva de las personas. ¿Qué podría estar impulsando esta percepción?

Habría que empezar por decir que en Colombia esa percepción no siempre ha sido así, y que aun hoy cuando el pesimismo parece alto, no es el peor en la región. De hecho, según el Latinobarómetro de 2018, Colombia es el cuarto país de 18 con una percepción más positiva del "progreso" en América Latina. Aun así, apenas el 27 % de los encuestados dicen que avanzamos. Por otro lado, en la mirada histórica que permite la Gallup Poll, entre 2002 y 2011 Colombia vivió un período de optimismo en el que la mayoría de las personas pensaban que el país estaba "mejorando", durante los dos gobiernos de Álvaro Uribe. Después de eso el mismo Uribe lideró una campaña permanente de oposición para argumentar lo contrario durante los dos períodos de Santos, una campaña cuyos efectos parece estar padeciendo aún su pupilo Iván Duque.

Probablemente detrás de esta paradoja del pesimismo en Colombia haya de ambas cosas: una tendencia artificial a embellecer la vida privada y un artificio producto del debate público que opaca los logros del país. Como sea, creo que es una brecha importante de cerrar, de acercar, por al menos dos razones.

La primera es que el divorcio entre lo privado y lo público impide que en el país se consolide la ética común, según la cual estos no son escenarios del todo separados. Una ética sin lo cual lo público generalmente se desmorona, como se están desmoronando los edificios de la Universidad Nacional. Lo público es en últimas la suma de acciones privadas, como se ha vuelto tan común escuchar durante la pandemia: "Si te cuidas, nos cuidamos todos". La segunda razón es que sin un entendimiento común de nuestro pasado, de los logros y fracasos, este país será vulnerable a fabricantes de promesas milagrosas sobre el futuro. Milagros para luchar contra mitos de sus fracasos pasados. Mitos alimentados por políticos e intelectuales catastrofistas, por los sesgos del periodismo y de las redes, por nuestra afinidad a la autoflagelación. En suma, una brecha que hace vulnerable nuestra la democracia.

@danielpacheco

EL ESPECTADOR

El Espectador. Editado por Comunican S.A.
Calle 103 N° 69B-43 Bogotá , Colombia
Conmutador: 4232300 **Fax:** 4055602
Línea de servicio al cliente Bogotá 4055540
Línea de servicio gratuita nacional 018000510903
Redacción: 4234822
Suscripciones: 4055540 o a la **línea gratuita nacional** 018000510903 **Publicidad: Caracol Unidad de Medios:** 4232300 ext. 1290 - 1565 **www.elespectador.com**

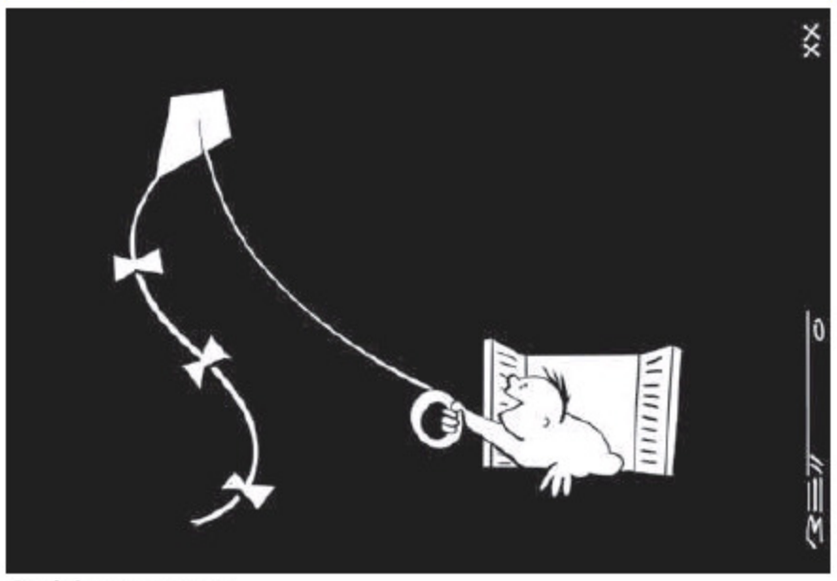
DE LABIOS PARA AFUERA

El ambiente es de todos · Minambiente

"Si no sales a bailar no pasa nada, el bar no se va a ir".

Ministerio del Ambiente en Colombia, a través de su cuenta de Twitter, en un mensaje promocional que busca invitar a que los ciudadanos eviten "sitios cerrados y aglomeraciones". Muchos dueños de bares protestaron ante el lenguaje empleado, pues sí han tenido que cerrar y están en una crisis económica ante la falta de clientela y de planes de ayuda por parte del Gobierno.

Betto



Quédate en casa

Cartas de los lectores

Desinterés retroviral

Es cierto que ocasionalmente, por no decir que es recurrente, la conversación en torno a la pandemia puede llegar a ser abrumadora. No hay novedad en comprobar que el encierro en casa, junto al festival de decretos y excepciones, las invitaciones a "reinventarse", las noticias falsas y el bochorno del oportunismo político, puede llegar a generar desilusión. Pese a esto, vacunarse con altas dosis de indiferencia, como si fuese una prescripción con aval irremediable, no es más que ignorar la responsabilidad que se tiene frente a un hecho de naturaleza transversal; y que, en consecuencia, requiere un mínimo grado de sincronía social para sobreponerlo.

Y es que si se tiene en cuenta que durante el presente contexto cerca de la tercera parte de la población nacional ha manifestado algún síntoma relacionado con depresión, ansiedad o somatización -según el estudio "Psy Covid", desarrollado por la Universidad Autónoma de Barcelona, con la colaboración del Colegio Colombiano de Psicología-, es entendible que más de una persona encuentre remedio en abstraerse de la coyuntura. El tema es que, ya sea por física necesidad, desesperanza o apatía, desentenderse del desenlace de la pandemia no constituye un avance hacia la solución de la misma, y, por el contrario, le termina trasladando la tarea a los demás que ya la están haciendo.

Ante esto es común asumir que para estar en posición de contribuir hay que pertenecer a alguno de los rubros esenciales para la vida humana: salud, servicios básicos o bienes de primera necesidad. También es frecuente pensar que para sumar es necesario madrugar con la radio, suscribirse a un periódico, almorzar con el noticiero y entender la mitad de lo que se dice en las alocuciones presidenciales de todos los días.

Por fortuna, la acción de aportar no está circunscrita a un perfil en particular ni requiere abundantes recursos para marcar la diferencia. De hecho, el mero acto de reconocer la importancia del tapabocas, y usarlo, ya genera un cambio por sí solo, pues como lo afirmó el doctor Robert Redfield, director de Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, la pandemia podría controlarse en 4 a 8 semanas si todas las personas usasen un tapabocas durante ese período.

De la misma forma, tampoco hace falta dimensionar la caída que tendrá el PIB, o saber siquiera qué es, para poder incidir positivamente en él. Porque, aunque la variación que una persona pueda generar en este indicador sea poco y nada, está claro que el ábaco de una microempresa o el de una familia campesina sí notará la pequeña compra que cada individuo pueda hacer.

Así las cosas, más allá de esa narrativa fantástica sobre "reinventarse" -que, entre otras cosas, se ha confundido con migrar forzosamente hacia las videollamadas-, la situación demanda comprobar que el desinterés no es retroviral ni constituye el aporte que como sociedad se necesita. El país depende de la versión implicada de cada uno, esa que a su manera puede sumar, resistir y sobrellevar la contingencia, y que aunque deprimida, en pijama y con dolor de espalda es versión y, como tal, puede ponerse un tapabocas y avanzar.

Tomás Tibocha.

Envíe sus cartas a lector@elespectador.com

"Fracking", Quebradona y Santurbán

PABLO LEYVA



DESPUÉS DE UN PRIMER TIEMPO lamentable de la política minero-energética del país, llega al Ministerio de Minas y Energía Diego Mesa Puyo, ministro que en entrevistas y escritos (*El Tiempo*, 24 de julio de 2020) afirma que lo hecho en esa cartera no tiene comparación y promete reforzar la política con tres ejes: acelerar la transición energética, diversificar la canasta minera "...con metales fundamentales para la transición energética" y capitalizar la reactivación del sector de hidrocarburos. La consigna para el segundo tiempo es "impulsar la reactivación sostenible de la economía".

Entretanto, sigue el debate en el país sobre los proyectos pilotos de investigación integral de *fracking* PPIL Estos no pueden cumplir las condiciones propuestas por los expertos: la institucionalidad no está preparada, la transparencia de la información no está garantizada y deben interpretarla instituciones y comunidades locales que difícilmente tienen la capacidad para hacerlo. Dada la suficiente información científica que existe sobre los impactos y efectos ambientales del *fracking*, los PPII son inútiles. Con un piloto, sin declarar cuántos pozos se proyectan, no se puede evaluar integralmente el impacto acumulado de muchos pozos en una región y el geoecosistema, y se desconoce el principio de precaución.

Quebradona es el comienzo de un distrito minero de proporciones enormes, una especie de "piloto" para medir la capacidad de aguante de una región y del país. A pesar de estudios que han sido cuestionados como mediocres e incompletos, se busca imponer esta iniciativa minera que destruirá las montañas de Jericó, Palermo y Támesis. Una región extraordinaria que a mediados del siglo XX tuvo un auge en producción agropecuaria diversa, abundante y grandes plantaciones de café con sombrío. Después decayó en medio del conflicto. Y ahora, que trata de recuperarse, se impulsa su destrucción irreversible.

Santurbán es otro "piloto" minero para sacarles el oro a las montañas de Santander, transformarlas, afectar la hidrología de la región, impactar el ecosistema y el páramo, cuya delimitación parece más adecuada para facilitar la explotación minera, que para cuidar el geoecosistema y la población.

El *fracking*, Quebradona y Santurbán son tres ejemplos de una política de desarrollo minero-energético tradicional, no de una transición minero-energética. Sus evaluaciones de impacto-efecto son puntuales, inciertas y de corto plazo. La licencia social se consigue convenciendo a las comunidades, igual que en la Conquista, con regalos, promesas y amenazas. La licencia política se logra con *lobby* y campañas mediáticas. La macropolítica económica, social y ecológica se convirtió en una cuestión de trámites.

El país se juega su futuro con políticas basadas en visiones inmediatistas, ilusorias rentas de corto plazo y enormes impactos ambientales que no apuntan a una transición económica, social y ecológica sostenible.

Adenda. Según Global Witness (*Le Monde*, 29/7/2020), en 2019 en el mundo fueron asesinados 212 defensores del ambiente, y Colombia ocupa el primer lugar con 64 muertos.

pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER PressReader.com +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW